

EL PROCESO DE INTEGRACIÓN MEDIANTE LA INTERNACIONALIZACIÓN DE LAS UNIVERSIDADES EN UN CONTEXTO GLOBAL

Ing. Luis Dionicio Andrade Alcívar, M.Sc.

De la escuela monástica y palatina a la universidad medieval.

La Universidad, desde su creación en los albores de la Edad Media, ha conocido muchos cambios en su estructura y propósito, que le han permitido adaptarse eficientemente a los tiempos en que vivía, para seguir siendo la herramienta de la razón y dar cuenta de un conocimiento que se proponía la busca de la verdad.

De aquella universidad medieval surgida en la Alta Edad Media, como una continuación de las escuelas monacales, palatinas y municipales, que se fundaban desde el siglo IX, en la enseñanza de las siete artes, es decir, del trivium (la enseñanza literaria, que consistía en gramática, retórica y dialéctica) y el quadrivium (la enseñanza de la ciencia, que comprendía nociones de aritmética, geografía, astronomía y música), devino, siglos más tarde, primero, en una institución de Estudios Generales, y después, en la primera Universidad, apenas entrando en el siglo XIII.

La Universidad, desde su nacimiento, como una necesaria evolución de las escuelas (la Universidad ex consuetudinare) o una imposición del poder (la Universidad ex privilegio), agregó, al conocimiento del trívium y el quadrivum, herencia de su pasado glorioso, un método de enseñanza basada en la estructura del lectio y el disputatio, bajo la dirección de un prestigioso y sabio maestro, cuya autoridad no era discutida. El lectio obligaba al estudiante a aprender de memoria un texto clásico y comentarlo. El disputatio obligaba al estudiante a demostrar la comprensión de lo ya aprendido de memoria con comentarios lúcidos y pertinentes sobre el lectio.

De aquella institución universitaria, a la que se ingresaba desde los catorce años, se salía, seis años después, como bachiller. Quien amara la búsqueda de la verdad, el conocimiento y la belleza, es decir, quien tuviera “amor sciende”, amor a la ciencia, debía ingresar a carreras más

especializadas, impartidas en Facultades de Colegios Mayores y Colegios Menores, que iban desde cuatro a cinco años de estudio en las áreas de la medicina, hasta quince años de estudio en teología.

Tras esos arduos estudios, se egresaba como doctor, tras defender su tesis ante un jurado docto, a los cuales el candidato debía halagar con atenciones y regalos.

Las nuevas formas no quedaban atrás de los nuevos contenidos: las autoridades rectorales eran elegidas por procuradores, o por el ayuntamiento, o por el claustro de profesores, o simplemente por el Papa. Los universitarios constituían una comunidad que tenía sus propios códigos de funcionamiento, su propia policía y hasta su propia cárcel, que la alejaba de la intervención de la autoridad civil común. Así se fue gestando un concepto de autonomía y de privilegio que convertían a la Universidad de entonces en una institución muy particular.

De la universidad medieval a la universidad moderna.

El parto de la universidad moderna no ha sido fácil. De aquella vieja estructura, animada por el rigor académico, nació una nueva universidad, desde el siglo XX, no sin herencias indeseables que la atan al pasado y no le permiten enfrentar los nuevos retos del presente.

Han cambiado radicalmente los contenidos, han surgido nuevos conocimientos especializados y se han establecido nuevos paradigmas científicos, que no cesan de ser revisados y superados. La universidad ha cambiado para dar cuenta de nuevas visiones del desarrollo de la sociedad humana que, desde la Revolución Industrial inglesa, ha maridado los avances de la ciencia y la tecnología, en una perspectiva que invita a la reflexión ética de justicia social, de libertad y de igualdad, a pesar de los abusos de la Revolución Francesa. Ha cambiado la sociedad a pasos agigantados, y la universidad ha hecho un esfuerzo por ajustarse a esos cambios.

A pesar de tales avances, en muchas universidades el maestro, ahora profesor, sigue comportándose como una autoridad que no admite

réplica, y se sigue dictando clases como antes, siglos atrás, con el sistema lectio, pero sin disputatio, y la enseñanza se ha canonizado a través de libros y manuales, muchas veces producidos en otras latitudes, y la memorización continúa siendo el método de aprendizaje, que no preconiza el pensamiento crítico. E, incluso, el libro completo es reemplazado por sus partes, que se ofrecen como capítulos fotocopiados, y el amor por la ciencia es reemplazado por la colección de diplomas para buscar reconocimiento social y oportunidades económicas y no para servir al desarrollo colectivo. En esas universidades, la forma se ha impuesto sobre el contenido del currículo.

En el camino a la modernidad: la internacionalización de la universidad.

Navarrete y Navarro (2014) revelan que la internacionalización de la educación superior cobra mayor fuerza y se posiciona en la agenda educativa internacional a partir de la última década del siglo XX. También indican que, la internacionalización de la educación superior se propone como un modelo a seguir por todas las universidades que quieran estar a la «vanguardia» del conocimiento.

La universidad moderna, inserta en un mundo cada vez más globalizado, caracterizado por un constante y acelerado cambio, tanto de la ciencia y la tecnología como de los usos sociales y sus exigencias, ha debido ajustarse a los nuevos tiempos. Frente al aislamiento, propio de muchas de las universidades medievales, que la conducía inevitablemente al parroquialismo académico, la universidad actual ha debido abrirse al entorno social, cooperando, con otros actores sociales a diferentes niveles, en la resolución de los problemas que aquejan a las comunidades locales, regionales y nacionales, buscando, a la vez, la validación académica de sus realizaciones a una escala nacional e internacional.

Es común identificar internacionalización con intercambios estudiantiles, el aprendizaje de otros idiomas o la firma de convenios, si bien estos elementos forman parte del proceso, pero la piedra angular es educar con la aspiración de formar estudiantes con un perfil internacional. Esa búsqueda de reconocimiento institucional, esa validación, es necesaria

para poder optar, competitivamente, en la obtención de fondos de investigación que ofrecen programas nacionales e internacionales para facilitar a los miembros de su comunidad la dotación de modernos equipos y laboratorios, bibliotecas, sistemas y centros de información, y garantizarles un intercambio activo y fructífero con miembros de otras comunidades universitarias. Todo eso es necesario para desarrollar un proceso de enseñanza-aprendizaje, en un contexto complejo, exigente y superior, y que se propone necesariamente la mejora continua, es decir, la excelencia en sus actividades.

Pero no sólo se compite por fondos, subsidios y presupuestos que le permitan realizar su misión, acorde con una visión moderna, sino que la universidad moderna debe competir por atraer estudiantes y profesores que le permitan el cumplimiento de sus objetivos propuestos.

En ese propósito, la universidad moderna ha debido transitar caminos inéditos, para lograr alianzas, convenios y acuerdos con otros entes públicos y privados, nacionales e internacionales. Para crear un clima que garantice a sus estudiantes y a sus profesores un bagaje cultural, un escenario de sana competencia y de necesaria confrontación crítica de sus saberes y competencias (aquella “disputatio” de los primeros tiempos universitarios) y un acceso a los bienes de la ciencia y la tecnología, que les permita afrontar creativamente los retos de la actual sociedad globalizada con mayores posibilidades de éxito.

Visibilizar a una universidad en un escenario de constante cambio, donde se debe demostrar la competencia que se tiene o a la que se aspira, significa acreditarse con criterios objetivos que den cuenta, no sólo del nivel de impacto de sus realizaciones en los escenarios especializados, sino también de sus contribuciones concretas y pertinentes en el proceso de consolidación del desarrollo socioeconómico del entorno regional y nacional, y de contribuir a la creación de una conciencia social que promueva la salvaguarda efectiva de los bienes de la biodiversidad con los que se cuenta y que deben ser preservados en el tiempo.

Para lograr proactivamente todos esos cambios, es necesario interrelacionarse con otros, es decir, salir de las fronteras del campus

inmediato, y relacionarse críticamente con la sociedad de afuera, con las comunidades de las que venimos y a la cual nos debemos en primera instancia. Relacionarse con instituciones públicas y privadas distintas a la nuestra. Relacionarse con otras comunidades universitarias, con profesores, investigadores y estudiantes de otras latitudes. Los mismos profesores deben poseer y desarrollar talentos como: sensibilidad intercultural, ciudadanía cosmopolita, visión global, integración de saberes para la solución de problemas globales y el desempeño en diversos contextos.

La sensibilidad intercultural se centra en las emociones personales o los cambios de sentimientos causados por situaciones particulares, personas y ambientes diversos al de la propia cultura (Ruiz-Bernardo, 2012). Es decir, la habilidad de recibir y emitir impresiones agradables en las relaciones con otras culturas, evitando al máximo agraviar o herir la susceptibilidad de las otras culturas.

La internacionalización de una universidad la obliga a fomentar los lazos de cooperación e integración con los pares (estudiantes, docentes e investigadores) de otras instituciones de educación superior de otros lugares del mundo. La internacionalización universitaria la obliga a facilitar la movilidad en doble vía de sus recursos humanos (estudiantes, docentes, investigadores y personal administrativo). La obliga a participar en redes internacionales de intercambio de información y de servicios de equipos sofisticados y de alto costo con otras universidades con mayores recursos económicos. La obliga al desarrollo de proyectos conjuntos de investigación. La obliga a formular programas de doble titulación académica debidamente acreditados. La obliga a suscribir acuerdos de reconocimiento mutuo de sistemas de calidad en educación superior. La obliga a revisar críticamente su currículo.

¿Cómo internacionalizar una universidad?

- Tener soporte político dentro de la universidad.
- Inclusión e integración de extranjeros con el equipo local y la comunidad.
- Mentalidad orientada a lo global y accionar local.
- Proyectos con objetivos claros.

- Programas de inducción.
- Trabajo y proyectos al servicio de la universidad y la sociedad.
- Capacidad de adaptación a factores externos.
- Firma de convenios.
- Conocimiento del inglés.
- Movilidad.
- Sensibilidad intercultural.
- Ciudadanía cosmopolita.
- Integración de saberes.
- Saberes ancestrales locales.
- Desempeño en diversos contextos.

Beneficios de la internacionalización de las universidades

- Incremento de la movilidad internacional.
- Abolición de fronteras académicas.
- Apertura al mercado del saber.
- Crea valor en países de acogida.
- Se difunde la cultura local.
- Se crean y facilitan nuevas experiencias de aprendizaje.
- Se fortalece la teoría del capital humano.
- Se pasa de Matriz productiva a Materia gris.
- Se optimizan recursos y calidad de vida.
- Es respuesta a los valores negativos de la globalización.
- Es un factor de excelencia académica.
- Es un factor de desarrollo y planificación estratégica.
- Es un factor de distinción, valor agregado y competitividad.
- Es un factor de sostenibilidad de la universidad.
- Es un factor de posicionamiento internacional.
- Es un factor de captación de recursos económicos.
- Genera ciudades con valores éticos de universidades y comunidades locales.

Todos esos caminos deberán ser transitados por una universidad que aspire a tener una visión menos localista de la educación superior. Se trata de tareas necesarias para lograr un mayor intercambio de

conocimientos, transferencias de tecnologías y de resultados de investigación. Para propiciar el mejoramiento de los estándares de acreditación y armonizar los criterios objetivos con los que se evalúa la calidad de los programas académicos.

Manabí comparte importantes retos con otras partes del mundo: la pobreza rural y urbana, la sequía y el cambio global, el reto de producir y comercializar alimentos, la necesidad de conservar los bosques para mantener tanto el agua como la fertilidad de los suelos, y el cambio cultural que acompaña las ventajas de un mundo computarizado e interconectado por satélites, celulares e internet. La incorporación a la ESPAM MFL de académicos provenientes de otros países permite comparar, analizar y superar prácticas sobre cómo encarar estos y muchos otros problemas mediante el intercambio de experiencias. Ello habilitará a la universidad para aportar soluciones más rápidas y un progreso potenciado. La sinergia funciona: los profesores nacionales conocen dónde y con qué moradores realizar las investigaciones y cómo éstas beneficiarán a la sociedad local; los extranjeros traen muy buenos métodos para llevar a cabo los trabajos y, tanto por su experiencia como por sus contactos, pueden ayudar a que los trabajos tengan resonancia mundial. Por eso las universidades que combinan talentos nacionales y extranjeros avanzan con rapidez, logran investigaciones de mayor impacto, obtienen más dinero, ganan prestigio y sus académicos adquieren renombre.

Los jóvenes de Manabí necesitan que la universidad les ayude a seguir superándose. La combinación de profesores nacionales y extranjeros diversifica los métodos de enseñanza, varía los enfoques para cada tema, y hace que los retos que los docentes ofrecen al alumnado sean más variados y sorprendentes. Todo ello excita la agilidad mental, la creatividad y carácter crítico de los alumnos, haciéndoles descubrir e inventar soluciones a los problemas de su entorno. Es por eso que la República paga becas para enviar estudiantes al extranjero: muchos ecuatorianos quieren que sus hijos aprendan más y sirvan mejor a su país y a sí mismos. Los mismos resultados se logran cuando se combina en una universidad nacional el saber de los profesores locales con el de los

extranjeros: el entrenamiento que reciben los alumnos es más diversificado. Y lo mejor es que todo esto se logra sin que el Estado o las familias deban sacrificarse económicamente para enviar a sus hijos a estudiar fuera de su país, y sin el peligro de que ocurra una “fuga de cerebros”.

En síntesis, la combinación de nacionales y extranjeros en una universidad ayuda a que esta diversifique sus visiones y soluciones a los problemas locales, aumenta el prestigio universitario, ofrece a los alumnos un entrenamiento más variado; capacitándolo para aportar soluciones más efectivas a los problemas de su entorno. Con ello, la sinergia entre nacionales y extranjeros beneficia a los académicos, a la universidad, a la provincia y al país.

Hay una tendencia en las universidades a tener una evolución de modernidad basada en la internacionalización tanto del talento humano como de los saberes, en doble vía con beneficio para instituciones de educación superior, sus estudiantes, docentes, investigadores y las comunidades locales.

La universalización de saberes constituye un elemento clave para la sostenibilidad y la búsqueda de la excelencia en los programas de educación superior.